Globethics Repository



El eje entre Sudáfrica y el Cono Sur Americano [The axis between South Africa and the Southern Cone]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Waksman Schinca, Daniel
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-08 06:35:04
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/222274

NUEVA SOCIEDAD NRO.39, NOVIEMBRE- DICIEMBRE 1978, PP. 97-106

El eje entre Sudáfrica y el Cono Sur Americano

Waksman-Schinca, Daniel

Daniel Waksman Schinca: Escritor y Periodista uruguayo

El idilio se inició hace aproximadamente cinco años. Aunque resulte difícil determinar el momento preciso al flechazo, parece claro que - tanto por parte de los racistas sudafricanos como por la de las dictaduras conosureñas en América Latina - se trató de un típico amor a primera vista, de un mutuo encandilamiento inmediato. A comienzos d 1974, en efecto, los regímenes militares fascistizantes más característicos del vértice sur de nuestro continente acababa apenas de establecerse: Pinochet había asaltado el poder el 11 de septiembre de año anterior, y sus colegas uruguayos habían culminado el 27 de junio, con la disolución del Parlamento, el golpe de Estado por etapas incubado desde 1968. Argentina venía ligeramente "atrasada": todavía necesitaría pasar por la turbia etapa de Isabelita Perón y López Rega antes de precipitarse en marzo de 1976, como fruta madura, en manos de los generales. Pero tanto en Santiago como en Montevideo o en Buenos Aires la explosión de "sudafricanofilia" se produjo inmediatamente después de instaladas las respectivas juntas castrenses. Y como si hubiesen estado esperando la señal de arranque, la dictadura boliviana de Bánzer (instaurada en 1971) y la paraguaya de Stroessner (ya con dos décadas cumplidas) empezaron a multiplicar y estrechar a su vez los lazos con Pretoria. Sólo los militares brasileños, más experientes y apoyados por otra parte sobre una diplomacia tradicionalmente habilidosa, constituirían una excepción a este fenómeno[1].

El primero en formalizar con bombos y platillos la relación privilegiada con el régimen del apartheid fue Alfredo Stroessner. Su atracción por Sudáfrica no puede

[1]A diferecia de los demás gobiernos de la región , el de Brasília venía prestándole desde hacìa bastante tiempo una creciente atrención al continente africano. Y ha aplicado con relación a éste una política global que, aunque con abigüedades y contradicciones, se distingue nítidamente de la de cualquiera de sus vecinos. De haí, por ejemplo, actitudes como el inmediato reconocimiento de gobierno de Agnostinho Neto en Angola, o la retinencia ante proyectos que, como el de la OTAS, impliquen cualquier tipo de compromiso con Pretoria. El brasileño es, pues, un caso aparate, y su análisis debería hacerse por separado. Ello excede los límites de este artículo, y por eso Brasil prácticamente no volvera a ser objeto de consideracion. El lector interesado en el tema, puede consultar el excelente trabajo publicado en el volumen XLVIII (Fechado el 13 de julio pasado) de **Problèmes d´Amérique Latine**, la serie publicada por **La Documentation Française**. Se titula ¨**La politique africaine du bresil**¨ y su autor es Guy Martinitère.

constituir en realidad mayor motivo de sorpresa: anfitrión de criminales de guerra nazis, amigo y protector de los terroristas croatas, organizador de grotesco congresos mundiales anticomunistas, el supremo de Asunción se sintió siempre hermanado con gobiernos como el de Corea del Sur, el de Taiwan (una calle de la capital paraguaya lleva el nombre de Chiang Kaishek) y ahora con los de Pretoria y Salisbury. En abril de 1974, haciendo caso omiso de todos los esfuerzos internacionales por disuadirlo y alegando necesidades del desarrollo , Stroessner viajó oficialmente a Pretoria. Para John Balthazar Vorster, mundialmente aislado, ésta fue una victoria diplomática interesante: nunca antes un Jefe de Estado latinoamericano había recibido su hospitalidad. A cambio, el dictador paraguayo cosechó un "paquete" de convenios de ayuda económica que incluía entre otros rubros, como elemento de involuntario humor ácido, un préstamo de 7 millones de dólares destinado a la construcción del... Palacio de Justicia de Asunción... Desde entonces, la gráfica de las relaciones paraguayo-sudafricanas muestra una curva en constante ascenso. Las misiones oficiales y privadas van y vienen, las demostraciones de recíproca estima y solidaridad se suceden incesantemente. El pasado 15 de agosto, al inaugurar su sexto quinquenio presidencial, Stroessner exhibió como invitado de honor al ministro de Relaciones Exteriores de Pretoria, R. Frederik Botha. El Comité Especial contra la Segregación Racial de la ONU protestó una vez más por esta flagrante contradicción con las resoluciones adoptadas por las Naciones Unidas . Pero Asunción continuó haciendo oídos sordos. Y Botha aprovechó una breve escala en Buenos Aires, durante su ruta hacia Uruguay y Paraguay, para proclamar su oposición a la política de derechos humanos de James Carter. La coincidencia con las dictaduras conosureñas es, pues, perfecta.

EL PERIPLO SUDAMERICANO DE VORSTER

Asunción y Montevideo se han convertido durante este último lustro en puntos obligados del itinerario de las delegaciones sudafricanas que visitan el continente. El tránsito se inició al más alto nivel: en agosto de 1975, el primer ministro Vorster decidió emprender una gira latinoamericana y fijó como primera escala, desde luego, la capital paraguaya. Su flamante amigo Stroessner lo recibió con todos los honores (y también con la pluma lista para firmar una serie de nuevos convenios y préstamos).

La segunda y última etapa del periplo vorsteriano fue Montevideo. Durante su visita a ésta, el dirigente de Pretoria pudo comprobar con satisfacción que todos los prejuicios anti-apartheid propios de una nación con antiguas tradiciones democrá-

ticas estaban siendo vigorosamente barridos por el nuevo régimen cívico-castrense. Es más: Sudáfrica parecía constituir para éste poco menos que un faro inspirador. "Somos el mismo tipo de hombres ", opinaría Vorster, emocionado, tras intercambiar ideas con el entonces presidente Juan María Bordaberry. También en Uruguay la proclamación de afinidades políticas fue acompañada por la firma de acuerdos económicos: pocos días antes del arribo de Vorster, por ejemplo, las autoridades uruguayas habían autorizado la celebración de un convenio por el cual la firma sudafricana Gatx-Fulier colaboraría técnica y financieramente en la ampliación de la fábrica estatal de cemento de Paysandú. Meses antes, Sudáfrica había invertido varios millones de dólares en bonos del Tesoro emitidos por el gobierno uruguayo. Era el comienzo de un verdadero boom : durante los cuatro años siguientes, Pretoria iría adquiriendo en ese país una presencia económica y política creciente. Los capitales sudafricanos se orientaron hacia la industria frigorífica uruguaya, y en enero de 1976 el gobierno de Montevideo le confió al Instituto Geológico de Pretoria el análisis de las muestras de esquistos carbonosos por extraerse del departamento de Cerro Largo. Empezó a hacerse habitual, en la prensa uruguaya, la publicación de noticias relativas a Sudáfrica y a las relaciones con ésta. Un día llegaba al puerto de Montevideo el buque oceanográfico Protea , de la marina de Pretoria; otro día desembarcaban 600 turistas sudafricanos; otro, se anunciaba la renovación de autoridades de la Cámara de Comercio Uruguayo-Sudafricana . Se multiplicaban los gestos de confraternidad a todos los niveles. A fines de 1977, los diarios prometían, como gran atracción para la inminente temporada veraniega de Punta del Este. La posible actuación de una orquesta sudafricana . Pocos meses después, alguien daba en la sede de la Asociación Cristiana de Jóvenes una conferencia sobre Sudáfrica, complementada con la exhibición de un filme titulado Tierra de Promisión . Y así por el estilo. En marzo de 1978, el señor Tony Lanza, representante de la cadena hotelera Southern Sun , declaró en Montevideo que el primer grupo de excursionistas uruguayos, integrado por 60 personas, había viajado a Sudáfrica en julio del año anterior, y que desde entonces se despachaba un contingente análogo cada mes. Los primeros exploradores de la "tierra de promisión " fueron objeto a su regreso de entrevistas a toda página.

Muy significativas, por cierto: interrogada en agosto de 1977 por un periodista del diario El País acerca del "tan comentado problema racial ", una turista pionera, la señora de Berdié, explicó que en realidad "se ha evolucionado mucho allá, y hay muchos puntos antes vedados a la gente de color a los cuales pueden ahora acceder ". Pero aclaró que de todos modos no lo hacen, porque "es el negro el que no quiere ir ". Autosegregación, en suma. La misma señora proclamaba acto

seguido, sin la menor vacilación: "Yo nunca vi un negro en zapatillas, ni un negro descalzo ". Sudáfrica está de moda en el Uruguay. Los representantes diplomáticos de Pretoria ocupan lugares especialmente destacados en la crónica social y en los ambientes "selectos"' la frecuentación de tenistas o de jugadores de polo sudafricanos pasó a ser el colmo de lo in . En septiembre del año pasado llegaron a Montevideo tres diputados sudafricanos que estaban realizando una gira (calificada por ellos mismos de "histórica") por las capitales conosureñas. Al recibirlos, las autoridades económicas uruguayas aprovecharon para dar a conocer el volumen de la inversión sudafricana en el país: 30 millones de dólares. No es poco, para una nación de tan reducida magnitud. Entusiasmada por el creciente estrechamiento de vínculos, la cancillería de Pretoria resolvió a principios de 1976 la adquisición de un terreno en Montevideo para levantar allí una embajada de dimensiones adecuadas al actual nivel de las relaciones. Estas no podían ser más cálidas. En abril de ese año, el progubernamentalísimo diario El País publicaba un editorial en el que sostenía que "la República Sudafricana es una de las naciones espiritual, intelectual y materialmente más adelantadas del orbe ". Nada menos. Durante los meses siguientes, la prensa uruguaya llevó a cabo una verdadera campaña de apoyo a la inminente concesión de la independencia a Transkei. Condenada por las Naciones Unidas, denunciada desde todas las tribunas democráticas del mundo, la política sudafricana de los bantustanes sólo encontraba amigos en el Cono Sur americano: las delegaciones uruguaya, paraguaya y boliviana fueron, junto con la hondureña, cuatro de las diez que prefirieron retirarse de la sala de sesiones de la ONU antes que verse en la disyuntiva de votar contra los racistas de Pretoria o reconocer su simpatía por éstos. Y el 26 de octubre de 1976, cuando tuvo lugar en Umtata la ceremonia de acceso de Transkei a la seudoindependencia, ni siquiera los gobiernos menos hostiles a Sudáfrica quisieron "quemarse " enviando delegaciones oficiales visibles. Sólo los militares uruguayos optaron por marcar ostensiblemente su solidaridad mediante el envío de un representante: el general Boscán Hontou...

PRETORIA Y LAS DICTADURAS LATINOAMERICANAS.

El régimen uruguayo ha sido probablemente el que más ostentación ha hecho de su afinidad con el régimen segregacionista de Pretoria. Stroessner no hace tampoco ningún esfuerzo por ocultarla. Pinochet, en cambio, a pesar de que nadie podría acusarlo de diplomático astuto, tuvo conciencia desde el primer momento de que la proclamación de su simpatía por Sudáfrica perjudicaría sus ya difíciles relaciones internacionales. O por lo menos eso le aconsejaron sus asesores. "Debemos cuidarnos de manifestar públicamente nuestros vinculos con ese país, debido

a su grado de aislamiento". postulaba un famoso documento confidencial de la cancillería chilena que se "filtró" al exterior y fue difundido periodísticamente en mayo de 1975. Santiago, pues, procuró que sus contactos con Pretoria tuvieran un perfil más bien bajo. A mediados de 1975, sin embargo, las relaciones habían alcanzado un nivel difícilmente disimulable. En mayo había llegado a la capital chilena el embajador sudafricano en Buenos Aires, Henrik Geldenhuy, que a partir de entonces ejercería también la representación ante el gobierno chileno; y poco después la amistad entre Santiago y Pretoria tuvo ocasión de reafirmarse en el campo deportivo, cuando ambos países disputaron la final regional de la Copa Davis. Escenario del encuentro: el siniestro Estadio Nacional. Después, el proceso de aproximación fue tomando cuerpo: en diciembre, la Junta pinochetista designó como cónsul general en Sudáfrica (hasta entonces no había habido sino representaciones consulares honorarias, a cargo de residentes) al capitán de fragata Carlos Ashton, un hombre de la extrema derecha que había participado activamente en la ejecución del putsch del 11 de septiembre. En agosto del mismo año, el diario sudafricano Financial Mail revelaba que entre 1973 y 1974 el comercio entre ambos países había superado ya los 15 millones de dólares. Desde entonces, el volumen del intercambio crecería ininterrumpidamente. La Armada chilena, mientras tanto, adoptaba como práctica la invitación a marinos sudafricanos para que participasen en sus programas de entrenamiento, llegándose a designar a un alto oficial naval de Pretoria como "capitán honorario" del buque-escuela Esmeralda. Pero las vinculaciones militares de los pinochetistas con el régimen del apartheid no se limitaron al ámbito puramente protocolar: en marzo de 1976 ,el periódico New Nigerian difundió por primera vez la versión sobre la actividad de "expertos" chilenos en los combates librados por las tropas de Pretoria contra los guerrilleros nacionalistas de la SWAPO, que luchan por la independencia de Namibia. Informaciones coincidentes fueron dadas a conocer por Noticias, de Mozambique, en diciembre del mismo año, y luego por Algérie Actualité, en abril del 77. Mathew Kalomoch, dirigente de la SWAPO ratificó la denuncia en una entrevista concedida en Dakar en marzo siguiente, y en enero del 78 el tema fue planteado oficialmente ante el secretario general de la ONU, Kurt Waldheim. Además de participar en la lucha contrainsurgente en Namibia, se dijo. los mercenarios chilenos estarían dando entrenamiento militar a los efectivos de la UNITA de Jonas Savimbi, que combaten contra el gobierno de Angola.

La cancillería argentina, consciente como la chilena de los efectos perjudiciales que tendría para el régimen de Buenos Aires una imagen de sudafricanofilia, ha procurado también mantener las relaciones con Pretoria en un nivel discreto, Pero esta atinada evaluación de los diplomáticos no ha sido siempre la prevaleciente: los

militares -y muy especialmente los marinos- se sienten fuertemente atraídos por Sudáfrica y se han convertido en los más ardientes promotores de la creación de la OTAS (Organización del Tratado del Atlántico Sur), una réplica austral de la OTAN que no ha pasado hasta ahora de la categoría de anteproyecto. Sudáfrica debería ser, obviamente, un pilar básico de esta alianza subatlántica, orientada a proteger la porción meridional del océano contra el "peligro soviético"[2]. En la medida en que la conducción de las relaciones exteriores argentinas fue confiada desde marzo de 1976 precisamente a la Armada, la política de Buenos Aires en esta materia, ha sido muy ambigua: por un lado, la Junta presidida por Videla condenó siempre el régimen de apartheid: pero de hecho ha postulado con respecto a éste una línea blanda, y al mismo tiempo los jefes de la Armada despliegan esfuerzos más o menos notorios por constituir la OTAS en estrecha alianza con Pretoria. A nivel no gubernamental, por lo demás, las relaciones argentino-sudafricanas registraron también un verdadero boom. El tráfico turístico se ha hecho intenso, y hasta hace poco tiempo la prensa bonaerense publicaba avisos de las SAA (South African Airways) ofreciendo boletos "redondos" a Johannesburgo y Ciudad del Cabo por 496 dólares con 50 centavos. Sudáfrica empezó a ser visitada por industriales y comerciantes que -como el ingeniero de las Carreras, presidente de la Cámara de Frigoríficos Regionales- regresaban elogiando "el orden y la estabilidad económica y financiera" del país y expresando su confianza en que "el espinoso problema racial" se resuelva mediante la creación de los bantustanes. Las ceremonias celebratorias de la seudoindependencia de Transkei precisamente, fueron registradas por un equipo televisivo argentino y difundidas con narración en castellano por los canales de varios países conosureños. El columnista Osiris Troiani, que presenció el acontecimiento en representación de La Opinión de Buenos Aires y describió con lujo de detalles el esplendor de la fiesta, opinaría posteriormente: "Desde luego, no es realista imaginar que una nación blanca de cuatro millones de habitantes, entre las más prósperas y cultas del mundo, con un eficiente régimen parlamentario y una administración de primer orden, se suicide políticamente por medio -del sufragio universal"

EMIGRACIÓN DE COLONOS BLANCOS AL CONO SUR AMERICANO

En un publicitado ciclo de conferencias sobre la Argentina posible que tuvo lugar en la Universidad de Belgrano, el sociólogo conservador José Luís de Imaz opinó que "hay un hecho con el que tendremos que contar: el probable arribo en masa de

[2]La historia detallada del proyecto de alianza sudatlántica y el análisis de sus diversos aspectos constituyen la materia de un extenso artículo que escribimos a fines de 1977. Véase: Daniel Waksman Schinca: "El proyecto de la OTAS", en "La Guerra y la Paz" (No. 5/6, correspondiente a mayo-septiembre de 1977, de la revista mexicana Nueva Política. págs. 331 a 352).

miles de afrikaaners, boers o ciudadanos de Africa del Sur". Aludía así a una cuestión que en el curso de los últimos dos años ha levantado considerable polvareda: los proyectos de emigración al Cono Sur americano de grandes contingentes de colonos blancos procedentes de Sudáfrica, de Namibia y de Rhodesia.

Fue el "contacto en Bolivia" el que hizo estallar el escándalo a principios de 1977. Durante todo el año anterior se habían desarrollado ya en algunos países de la región -sobre todo Paraguay y Uruguay- campañas de prensa orientadas a crear en la opinión pública local un ambiente favorable para la absorción masiva de "futuros refugiados" del Africa austral. "Europa -razonaba en octubre el diario ABC Color, de Asunción- no tiene lugar para esa gente, ni la querrá por razones ideológicas". En Paraguay, en cambio, hay lugar de sobra y la ideología no sólo no constituye obstáculo sino que es un elemento más a favor. Los rhodesianos, concluía el periódico asunceño, "constituirán, selectiva mente hablando, la mejor inmigración que pueda pretender un país". El matutino uruguayo El País, por su parte, proponía "recibir con los brazos abiertos a esa corriente inmigratoria" y lamentaba (coherentemente) que el país hubiese dejado pasar años atrás la oportunidad de acoger "a los belgas del Congo y a los franceses de Argelia". Desde Ciudad del Cabo, el cónsul uruguayo alimentaba la campaña declarando que "nuestro país se ha puesto de moda" entre sudafricanos y rhodesianos debido a "la seguridad y prosperidad que ofrece al inversionista extranjero". Tanto Uruguay y Paraguay como Bolivia, Brasil y Argentina recibieron en estos últimos años numerosas misiones exploratorias, más o menos discretas, procedentes de Pretoria y de Salisbury. En 1977, el tema hizo explosión al conocerse los detalles de un vasto proyecto de "exportación" de colonos blancos a Bolivia. La operación, diseñada por los especialistas del CIME (Comité Intergubernamental de Migraciones Europeas), había sido aprobada al parecer en una reunión celebrada en San José, Costa Rica, en diciembre de 1976. Se hablaba de unas 30 mil familias, o sea de un paquete migratorio del orden de 150 mil personas, y las zonas escogidas para el asentamiento de los colonos serían las de San Borja, Securé y la reserva de Abopó-Izozog. La revelación de la existencia de este plan y la demostración documental del acuerdo prestado por la dictadura boliviana despertaron en Bolivia y en el ámbito internacional un eco negativo tan fuerte que, tras algunas idas y venidas, las autoridades de La Paz parecieron dar marcha atrás. La evolución de los acontecimientos políticos en el país, por otra parte, contribuyó en los meses siguientes a que el proyecto, si bien no puede considerarse con certeza como desechado, haya pasado por lo menos a una situación de "congelamiento". Pero en Argentina, donde no hubo la misma alharaca, el flujo inmigratorio desde el Africa

austral podría haberse iniciado ya en alguna medida. En abril de 1978, por ejemplo, el gobernador de Formosa incluyó entre las "realizaciones" de su administración provincial las gestiones para la radicación de colonos rhodesianos. Nada se aclaraba, en todo caso, sobre el punto al cual habían llegado esas gestiones. A fines de septiembre de 1977, el diario bonaerense La Opinión informaba sobre la reciente visita al país de misiones sudafricanas, rhodesianas y namibias que combinaban el objetivo "turístico" con el estudio de las condiciones existentes para el futuro asentamiento de colonos. Las zonas consideradas: Salta, El Chaco, Formosa y Coahue. Todo muy discreto. Ultimamente han circulado versiones de que ya se habrían efectuado algunas compras de tierras y de que, aun sin haberse iniciado una verdadera corriente, habría ya algunos "visitantes" extranjeros familiarizándose con la región. ¿Rumores sin confirmar? Es cierto. Pero muy plausibles: en abril pasado, un documentado despacho cablegráfico de UPI, fechado en Johannesburgo, explicaba el problema que se le crea al gobierno sudafricano por el fenómeno de "los blancos que se están yendo masivamente del país, algunos de ellos hacia Sudamérica". La cifra total de emigrados sería, para 1977, de 26 mil personas. ¿Cuántos de ellos habrían partido hacia el Cono Sur americano? ¿Y a qué países? ¿Cómo entraron? ¿Por qué este espeso manto de silencio en torno a su ingreso? Por ahora, todas estas son preguntas pendientes de respuesta.[3]

En todo caso los sudafricanos o rhodesianos blancos que estén considerando la posibilidad de emigrar a los países conosureños de América antes que someterse al gobierno de la mayoría negra tienen desde ya la certeza de que serán inmejorablemente acogidos por los detentadores del poder. Y es lógico: poseedores de capital, técnicamente capacitados, conservadores de pura cepa, ellos son el elemento humano ideal que los militares de La Paz, de Buenos Aires, de Asunción o de Montevideo necesitan para poblar y trabajar los espacios vacíos existentes en todos esos países. Por lo demás, los medios de comunicación vienen preparando desde hace tiempo a la opinión pública local para que reciba a los futuros colonos como víctimas de una atroz injusticia y les brinde la máxima solidaridad. Según el diario uruguayo El País, por ejemplo, "los blancos sudafricanos, como los rhodesianos, tienen perfecto derecho a algo tan sagrado como la defensa de su patria y de su nacionalidad, no resignándose al terrible destino de persecución, de despojo y de exterminio reservado al resto de los habitantes de las ex-colonias africanas". Según se explica, la inmigración blanca fue en el Africa austral anterior

[3]El tema de la inmigración de colonos blancos de Rhodésia. Sudáfrica y Namibia a los países del Cono Sur americano ha sido objeto de información y comentario en numerosos artículos publicados en periódicos y revistas de diversos países. Pueden consultarse, entre otros: Armand y Michele Mattelart: "Les colons de l'Aparheid" (en le Monde Diplomatique de septiembre de 1977) y Daniel Waksman Schinca: "El idilio de los Conos Sur" (en Cuadernos del Tercer Mundo, No. 12. mayo de 1977).

"al arribo de las tribus bantúes" por lo cual los derechos de Vorster y los suyos deben prevalecer por sobre los de la mayoría negra. Se explica también que el régimen de apartheid se debe fundamentalmente "a la tendencia de más del 55 por ciento de la población bantú a vivir y trabajar en los principales centros urbanos, abandonando las regiones autónomas en las que predominan los de su raza". Textual. Y se agrega que, al proceder de ese modo, "obligan al gobierno sudafricano a un formidable esfuerzo y una cuantiosa inversión para resolver los problemas de la población negra en materia de habitación, salud, educación, trabajo y asistencia social para asegurarles -como en su caso a los asiáticos y a los mestizos- viviendas, escuelas, universidades y hospitales al mismo nivel de adelanto técnico que los de los blancos". Tanto cinismo parece increíble, pero es cierto: si Ripley se interesa por la cita, puede verificarla en la edición del citado periódico del 4 de abril de 1977. El editorial se titula "El destino de Africa".

La prensa uruguaya es quizás la que más jugosos ejemplos suministre de este género de infamias. Ramiro Rodríguez Villamil, columnista de Búsqueda (una revista mensual que expresa los puntos de vista de los "Chicago boys" de ese país), escribía en febrero del año pasado: ¨..... nadie puede pensar sensatamente que los 6 millones de nativos rhodesianos puedan emitir un voto consciente y equilibrado, cuando aún se encuentran en su gran mayoría en el más atrasado estado de primitivismo tribal ...¨ En agosto, Fernando Bosch, enviado especial de La Mañana al Africa austral, publicó una serie de notas y comentarios de viaje, en ellos sostuvo por ejemplo, que "conceptos tales como los derechos humanos, la tolerancia religiosa, la integración racial, la igualdad jurídica de los dos sexos, la economía de empresas o simplemente la noción del ahorro o del progreso material individual mediante el trabajo redoblado son por completo heterogéneos (todo sic) a las reconditeces del alma africana". ¿Asombroso? No tanto, cuando se sabe que Bosch, que hasta poco tiempo antes había sido por cierto Director Nacional de Enseñanza Secundaria del Uruguay, se había hecho conocer en la década del 60, como mini-Führer del FEDAN, un grupúsculo paramilitar neonazi...

LA ALIANZA SUDATLÁNTICA

Los ideólogos y militantes de la ultra-derecha nacionalista han encontrado en la "causa sudafricana" un motivo de movilización ideal. Por lo demás, la defensa del régimen de Pretoria no se encara como una simple tarea de "solidaridad" sino que se inscribe en un marco teórico (si es que cabe el término) general. En efecto, para ellos el bastión blanco sudafricano constituye, junto con los regímenes castrenses de América del Sur, una especie de santuario de la "civilización occidental", un reducto que hay que defender a toda costa contra el avance de "la peste roja". El

alegato se despliega lo más patéticamente posible: "Si Occidente no concurre en apoyo de Africa del Sur, la suerte de esta región quedará echada en breve término. Si se la deja sucumbir sin ayuda, se perderá inexorablemente el control del océano Indico, y en menos de una década Europa terminará por comunizarse. Después, sin duda, el turno le tocará a nuestra América, y entonces nos lamentaremos de los errores pasados, imposibles de enmendar (...) La consigna debe ser: ique Sudáfrica no caiga!". Tal es el planteo formulado hacia fines de 1976 por el general argentino Alberto Marini, un especialista en temas geopolíticos (anotemos de paso que la geopolítica se ha convertido en el Cono Sur en algo así como "la ciencia de moda" ...). El trabajo se publicó en la revista bonaerense Mercado, y en él Marini defiende con ardor la necesidad de establecer urgentemente una alianza sudatlántica -la famosa OTAS- para poner freno al "expansionismo soviético" en la región. Su postura resulta bien ilustrativa: el aislamiento en que han ido cayendo tanto los racistas sudafricanos como los militares fascistizantes del Cono Sur sólo ha contribuido a reforzar su febril convicción de que en ellos radica la responsabilidad de preservar los famosos "valores de Occidente". Analizada la situación mundial actual desde la óptica de Salisbury o de Asunción, Estados Unidos, líder natural del "mundo libre", estaría demostrando últimamente una criminal negligencia en el cumplimiento de su misión. Los más exaltados acusan a Washington, sin ambages, de traición. Tanto los amigos de Vorster y de lan Smith como los militares que ejercen el poder en el Cono Sur americano se sienten arteramente abandonados a su suerte por la potencia a la cual reconocían hasta ahora un papel de liderazgo y de tutela. Pero la "civilización occidental y cristiana" debe ser defendida de todos modos. Con los Estados Unidos, si fuera posible. Pero si no, sin ellos. Y de ser necesario, incluso contra ellos. "Somos anticomunistas, con o sin los Estados Unidos", fue la consigna central de los manifestantes stroessneristas que proclamaron en julio pasado, frente a la embajada norteamericana en Asunción, su rechazo a la política de derechos humanos de Carter y a las gestiones de Washington en favor de un líder opositor paraguayo detenido días antes. El presidente norteamericano es percibido, desde esa perspectiva, como un entre-guista, un capitulador. Los regímenes ultras de ambos Conos Sur se sienten así convocados a una especie de misión sagrada: lo que está en juego no es pura y simplemente su propia supervivencia, sino el destino mismo de la humanidad. Después de la "deserción" norteamericana, todo depende de ellos. Cuanto más solitarios, se sienten más heroicos, más trágicos, más investidos de responsabilidad histórica. Y a partir de cierto punto, cada crítica que se les dirija no sólo no tendrá ninguna posibilidad de ser escuchada sino que ,"por el contrario, servirá nada más que para reforzar su convicción, excitando aún más su delirio de "cruzados" incomprendidos. El tono que adoptan se interna por momentos en el inconfundible

terreno de la paranoia política. "No olvidemos en ningún momento -advertía hace poco un coronel uruguayo, jefe de policía del departamento de Canelones- que estamos acosados por varios enemigos (...) Nos combaten interior y exteriormente. Nos atacan comunistas y capitalistas por igual". No es por cierto la primera vez, en lo que va de este siglo, que se despliega este género de discurso.

"AMISTOSO CONSORCIO"

El estrechamiento de vínculos solidarios con Salisbury y con Pretoria pasa a ser así, para los sectores "puros y duros" del Cono Sur, una necesidad estratégica y al mismo tiempo un imperativo ético-ideológico. En un artículo editorial del diario montevideano La Mañana se estampó el 7 de agosto de 1977 una proposición extraordinariamente ilustrativa en este sentido. "Al socaire de tensiones raciales descritas con grosero apartamiento de la realidad -se sostenía allí con estilo por cierto pintoresco- se intenta convertir en parias de la comunidad internacional a los dos únicos estados genuinamente occidentales de Africa". O sea Sudáfrica y Rhodesia. Para evitarlo, habría que establecer "un nuevo, inédito juego de alianzas". Que sería el siguiente (y perdónesenos la sintaxis, pero es textual): "Agregaríase esta liga que concebimos, primeramente, al maltrecho ¨Primer Mundo¨, restos del mundo libre subsitentes aún por vitalidad intrínseca y pese a sus gobiernos. Y a los ¨Mundos II y III¨ comunista y su versión menor, ¨tercerista¨. Y también al reciente ¨Cuarto Mundo¨ de estados artificiales e inviables, que integran desiertos hechos nación, como Chad. Tras este planteo inconfundiblemente evocatorio de los alegatos clásicos del fascismo, se propone crear el "Quinto Mundo", que sería "el universo de los perseguidos y proscritos por causa de la Justicia". ¿Quiénes lo integrarían? "Estados -curiosamente- en general ricos y fuertes y moralmente prósperos, muy a diferencia de sus difamadores". Se trataría, en suma, de un "amistoso consorcio" formado por "China Nacionalista y Sudcorea en Asia, Sudáfrica y Rhodesia en Africa, y todos los estados hispanoamericanos fustigados so pretexto de, ¨derechos humanos¨ por reaccionar contra la insurgencia marxista".

Este tipo de enfoque se ha vuelto frecuente en los últimos tiempos -aunque con variaciones de estilo y nivel- en las publicaciones conosureñas que expresan el pensamiento de cierta derecha. Un ejemplo más sofisticado de esta tendencia lo ofrece la revista mensual argentina Carta Política, dirigida por el columnista y politólogo Mariano Grondona. El No, 57, de agosto de 1978, despliega como atracción central el discurso de Alexander Solzhenitsyn en Harvard y lo complementa con un texto preparado por la propia revista: "La profecía". Se trata

de "una carta que habrá de escribirse si Occidente no la escucha a tiempo". La misiva, dirigida por "Florencio" a "Enrico", está fechada en Buenos Aires el 1º. de enero del año 2000. El mundo ha caído ya en las garras del comunismo. Sobresalen apenas algunos islotes: los Estados Unidos y Canadá, Francia (salvada por el armamento nuclear desarrollado bajo la presidencia de Chirac). Suiza y "las Provincias Unidas del Rio de la Plata" (Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia). Florencio le recuerda a Enrico el proceso por el cual las potencias occidentales permitieron, con su debilidad, que los comunistas fueran avanzando cada vez más. En Africa, rememora, "la señal de alarma sonó con Mozambique y Angola durante el primer y fracasado intento comunista de tomar Portugal. La señal sonò; pocos, empero, la escucharon. Fue en ese entonces que la diplomacia norteamericana, ímpulsada por un problema interno -los votantes de color- empezó a recorrer el continente en busca de algo inexistente: una mayoría de moderados. África era el caos generalizado de color o ¨la autocracia negra del Norte¨ y la resistencia blanca en el Sur. No había ningún otro por quien apostar, porque no había sencillamente ningún otro". Los Estados Unidos no apostaron, pues, a Pretoria y a Salisbury, y el continente africano fue devorado en consecuencia por los rojos. En América Latina, el panorama del año 2000 no parece mucho más estimulante. Brasil se ha perdido para Occidente, corroído por "la llamada redemocratización", y Chile se hundió por segunda vez en el comunismo gracias a Frei, que retornó al escenario para desempeñar nuevamente el papel de Kerenski, Colombia y Venezuela yacen sojuzgadas por un siniestro "Iatinocomunismo". Sólo emerge, allá en el heroico sur, un puñado de naciones que supieron no transigir: las "Provincias Unidas del Río de la Plata", integradas por Argentina, Uruguay, Bolivia y Paraguay. Aquí, evoca Florencio, "rechazamos sin ayuda de nadie y en medio de la incomprensión absoluta de quienes tendrían que haber sido nuestros más firmes aliados, la primera agresión terrorista-comunista en gran escala". No cedieron, no se inclinaron: "La lección de hombría de los años Setenta permanece entre nosotros", Pero la amenaza sigue en pie: "La nuestra es una vela de armas", dice Florencio, En todo caso, "la Argentina ha renacido como consecuencia de las presiones y la incomprensión. Un nuevo orgullo, el orgullo de habitar una isla de Occidente, ilumina los rostros".

Ese "occidental" orgullo es el que inspira el estrechamiento de relaciones con Sudáfrica, la promoción de la "alianza del Atlántico Sur", los proyectos de inmigración masiva de rhodesianos blancos y la constitución, en suma, de un eje estratégico que una a ambos "Conos Sur", ¿ Un delirio fascistoide? Sí, probablemente. Pero no por ello hay que encogerse de hombros y olvidar el asunto: es a impulso de este delirio que se viene operando desde hace cinco años

en los hechos, la aproximación entre los racistas de Sudáfrica y los militares sudamericanos.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 39, Noviembre- Diciembre, 1978, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**